

París. En París me podrás sur muy útil. Tienes muy buenos puños, y tengo para mí que habrá que andar allí con frecuencia á mojicones!

— ¡Ah! ¡ah! dijo Pitou poco contento de lo que acababa de oír; ¿de veras, señor Billot?

Billot tiró de él como de un saco de harina, y le dejó sentado à la grupa de Cadet.

Seguidamente picó espuela al caballo, y supo hacer tan buen uso de la brida, de las rodillas y de las espuelas, que en menos de media hora, como habia dicho, llegaron á Danmartin.

Entró Billot en la ciudad por una callejuela de él ya conocida. Llegó á la alquería del tío Lefranc, y dejando en medio del patio á Pitou y á Cadet, se dirigió en seguida á a cocina, donde estaba el tío Lefranc, ya disponiéndose á salir á dar una vuelta por sus campos.

— ¡Pronto! pronto compadre, le dijo apenas entró, ¿su mejor caballo, el mas fuerte, cuál es?

— Margot, dijo Lefranc, precisamente está ya ensillado el buen animal; iba yo á salir en este momcato.

— ¡Pues bueno! Margot, ¡venga!... Es fácil que te le reviente, te lo aviso.

— ¡A mi buen Margot! ¿y por qué?

— Porque me es preciso llegar esta misma tarde á París, dijo Billot con acento sombrío.

Y al mismo tiempo hizo á Lefranc un gesto de los mas significativos.

— Bueno, revientame á Margot, dijo el tío Lefranc, en ese caso me darás tu Cadet.

— Convenido.

— Vaya un vaso de vino.

— Y dos tambien si gustais.

— ¿Pero tú no vienes solo, segun parece?

— No, ahí, viene conmigo un buen muchacho, tan fatigado, que no ha tenido fuerza para venir hasta aquí; dí que le lleven algun bocado.

— Al momento, al momento, dijo el tío Lefranc.

A los diez minutos ya habian vaciado los dos compa-

dres cada cual su botella y Pitou se habia engullido un pan de dos libras y media libra de tocino.

Mientras estaba comiendo, un criado de la alquería, algo chusco, le estuvo brindando con un puñado de paja, como lo hubiera hecho con su caballo favorito.

Restauradas así sus perdidas fuerzas, Pitou se bebió tambien un vaso de vino que le escanciaron de otra tercera botella, y la vació toda en seguida con tanta mas presteza, cuanto que como ya lo hemos dicho, habia empezado por hacer boca.

Despues de lo cual, Billot montó en la silla de Margot, y Pitou se puso á la grupa, tan tieso y zanquilargo como un compas.

En seguida el buen animal, sensible á la espuela, empezó á trotar animosamente con su doble carga por el camino de París, sin dejar por eso de espanarse las moscas con su gruesa cola, cuyas espesas crines arrojaban el polvo del arrecife á las espaldas de Pitou, cruzándole á este de vez en cuando las descarnadas pantorrillas, mal envueltas en sus ya viejas y ensuciadas medias.

## CAPITULO X

Donde se cuenta lo que ocurría en París.

Desde Danmartin á París hay de distancia ocho leguas. Anduvieron sin inconveniente alguno nuestros viajeros las cuatro primeras, pero desde Bourget empezaron á hacerse pesadas las piernas de Margot, no sirviendo de nada que Pitou las espolease de vez en cuando con sus largas piernas.

Empezaba ya á cerrar la noche.

Al llegar á la Villette se le figuró á Billot distinguir un gran incendio hácia el lado de París.

Hizo notar á Pitou el rojizo resplandor que se veia en el horizonte.

— Eso, dijo Pitou, deben ser tropas acampadas que han encendido hogueras.

— ¿Cómo tropas? preguntó con estrañeza Billot.

— Es claro; así como las hay por aquí, puede haberlas por allí.

Y en efecto, dirigiendo su vista á la derecha, vió el tio Billot en la llanura de Saint-Denis, muchos grupos de infantería y caballería que estaban silenciosamente ocultos en las tinieblas.

Sus armas relucian de vez en cuando al resplandor pálido de las estrellas.

Pitou, que se habia acostumbrado en sus expediciones nocturnas á ver en la oscuridad, hizo notar á su amo una porcion de cañones, cuyas ruedas estaban hendidas hasta la mitad en la húmeda tierra de los campos.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó Billot; alguna cosa pasa en París; chico, alijera.

— Sí, sí; hay algun incendio allá abajo, dijo Pitou que acababa de incorporarse sobre la grupa de Margot. ¡Mirad, mirad! ¿no veis las llamas y los chispazos?

Margot se paró en medio del camino. Echó Billot pie á tierra acercándose á un grupo de soldados que estaban parados bajo los árboles del camino.

— Amigos míos, les preguntó; podeis decirme si hay alguna novedad en París?

Pero los soldados no le dieron mas respuesta que algunos juramentos y porvidas, pronunciados en lengua alemana.

— ¿Qué diablo están diciendo? preguntó Billot á Pitou.

— No sé; respondió Pitou temblando de pies á cabeza: lo único que sé decir es que no hablan en latin.

Billot miró en derredor de sí y se quedó parado como reflexionando.

— ¡Soy un imbécil! dijo; ¡ir á preguntar á los kaiserlicks!

Y embebido en su curiosidad, permaneció sin moverse en medio del camino.

Al poco rato se llegó á él un oficial.

— Atrás ó adelante, le dijo; seguid vuestro camino.

— Dispensad, señor capitan, respondió Billot; mi camino es hácia París.

— ¿Y qué?

— Que como he visto estos soldados junto al camino, creí que no se podia pasar adelante.

— Pues se puede.

Y Billot volvió á montar en su caballo y pasó en efecto.

Pero al poco trecho se encontró con los húsares de Bercheny que estaban en la Villette.

Esta vez, como tenia que habérselas con compatriotas suyos, sus preguntas tuvieron mejor resultado.

— Señor mio, preguntó á un húsar: ¿qué hay de nuevo en París, aunque sea indiscreta la pregunta?

— Hay, contestó el húsar, que los endiablados parisienses quieren que vuelva Necker, y la han tomado con nosotros como si tuviéramos algo que ver con eso.

— ¿Que vuelva Necker? preguntó Billot; ¿pues acaso se ha marchado?

— Ciertamente que sí, y el rey le ha destituido.

— ¿El rey ha destituido á Necker? dijo Billot medio estupefacto, como el devoto que oye decir un sacrilegio; ¿el rey ha destituido á ese grande hombre?

— ¡Oh! pardiez que sí, amigo mio; y aun hay mas todavía; ese gran hombre está caminando para Bruselas.

— ¡Pues bien! En ese caso va á ser cosa de risa, dijo Billot con una voz terrible, sin hacer caso del peligro que corria hablando así entre mil ó mil quinientos soldados realistas.

Y volvió á montar otra vez sobre Margot, y empezó á descargarle fuertes espolazos para llegar cuanto antes á las trincheras.

Segun se iba acercando, veía que el incendio cobraba cuerpo y oía ya rechinar las llamas; una inmensa columna de fuego subia desde la trinchera hasta el cielo.

Era la trinchera lo que estaba ardiendo.

Una muchedumbre de gente furiosa, especialmente de mugeres, que segun acostumbran, amenazaban y gritaban mas alto que los hombres, fomentaban el incendio arro-

jando tablas y vigas, y cuantos muebles podian haber á las manos.

En frente, y en medio del camino, estaban los regimientos húngaros y alemanes contemplando esta devastacion con sus fusiles en la mano y sin chistar una palabra.

No se detuvo Billot ante la trinchera incendiada, sino que precipitó á Margot en medio del incendio. Atravesó Margot ileso; pero al otro lado de la trinchera tuvo que detenerse delante de una multitud apiñada de pueblo que refluía del centro de la ciudad hácia los arrabales, unos cantando y otros gritando: ¡ á las armas!

A Billot se le conocía perfectamente lo que era: es decir, un buen hombre del campo que venía á París á sus asuntos particulares. Acaso gritaba demasiado alto: *¡ paso! ¡ paso!* Pero Pitou iba detrás de él con tanta cortesía diciendo: *paso, haced el favor de dejar paso!* que el daño que hacía uno era enmendado por el buen efecto que producía el otro.

Como nadie tenía interés en impedir á Billot que fuese á sus asuntos particulares, le dejaron pasar.

Margot había recobrado ya sus fuerzas; el fuego le había chamuscado las crines; todos aquellos gritos que nunca habio oído hasta entónces, le tenían inquieto. Billot se veía ahora obligado á contenerle por temor de atropellar á los innumerables curiosos que había parados delante de las puertas de sus casas y otros que se dirigian hácia las trincheras.

Tirando de las riendas unas veces á la izquierda y otras veces á la derecha llegó Billot como pudo hasta el *bulevard*; pero allí no tuvo mas remedio que detenerse.

Pasaba entónces por allí una especie de procesion que venía de la Bastilla y se dirigia al *Guarda-Muebles*.

Esta comitiva, que ocupaba ahora el *bulevard*, venía detrás de unas andas sobre que iban colocadas dos estátuas; la una cubierta con un *crespon*, y la otra coronada de flores.

La estátua que venía cubierta con el *crespon* era la del ministro Necker, que no solo había sido destituido, sino

desterrado además: la otra coronada de flores, era la estátua del duque de Orleans, que había defendido valerosamente en la córte al economista de Génova.

Billot preguntó lo que significaba esta procesion, y le dijeron que era un homenaje tributado á Mr. Necker, y á su defensor Mr. el duque de Orleans.

En el país en que había nacido Billot, hacia siglo y medio que era venerado, en gran manera, el título de duque de Orleans. Billot pertenecía además á la secta filosófica, y por consiguiente miraba á Necker, no solamente como á un gran ministro, sino como un apóstol de la humanidad.

No se necesitaba tanto para exaltar la imaginacion de Billot. Se apeó, pues, sin saber lo que hacía, diciendo á voz en grito: ¡ Viva el duque de Orleans! ¡viva Necker! y se confundió entre la muchedumbre.

El que se confunde entre una multitud, como todo el mundo sabe, pierde su libertad individual. Deja de tener libre albedrío; quiere lo que desean los demas, y hace lo que los demas ejecutan. Esto mismo le sucedió á Billot.

La multitud gritaba desentonadamente: ¡ Viva Necker! ¡ mueran los estrangeros! ¡ mueran los soldados estrangeros!

Billot unió su robusta voz á todas las mil voces.

La superioridad, en cualquiera cosa, sea lo que fuere, suele ser siempre apreciada por el pueblo. Los parisien- ses de los barrios bajos, que tienen una voz cascada y ronca, debilitada por la inaccion y desgastada por el vino, supieron, pues, apreciar la voz robusta, fresca y sonora de Billot, y le abrieron paso; así fué que llegó hasta tocar las andas sin sufrir apretones de nadie.

Al cabo de unos diez minutos le cedió su lugar uno de los que conducian las estátuas, porque ya estaba cansado.

Billot, pues, adelantó en su carrera en muy poco tiempo.

El día anterior era aun meramente un propagador de las doctrinas del doctor Gilberto, y hoy era ya uno de los instrumentos de triunfo de Necker y del duque de Orleans.

Pero no bien ocupó este puesto, se le ocurrió una idea.

¿Qué habria sido de Pitou? ¿y qué habria sido de Margot?

Conduciendo al mismo tiempo sus andas, Billot volvió la cabeza, y á la luz de los hachones que acompañaban á la comitiva, y de los que ardian en todos los balcones, vió en medio de la multitud un grupo ambulante formado por cinco ó seis hombres que gritaban ó gesticulaban.

Entre estos gritos y gesticulaciones era fácil distinguir la voz de Pitou y divisar sus largos brazos.

Pitou hacia lo que estaba de su parte por defender á Margot, pero á pesar de sus esfuerzos, la multitud cercó al pobre caballo.

El animal llevaba ya sobre sí á todos los que pudieron colocarse en sus espaldas, en su grupa, en su cuello y en sus ancas.

Entre las sombras de la noche, que siempre engrandecen los objetos, parecia Margot un elefante cargado de cazadores, yendo á la batida de un tigre.

En las espaldas del pobre animal iban cinco ó seis energúmenos gritando furiosamente: ¡viva Necker! ¡viva el duque de Orleans! ¡mueran los extranjeros!

A lo cual respondia Pitou:

— ¡Que vais á reventar á Margot!

Y la algazara era general.

Billot intentó al pronto ir á socorrer á Pitou y á Margot; pero reflexionó que si renunciaba al honor que habia dignamente conquistado, no le podria recobrar fácilmente.

Durante este tiempo, yendo siempre caminando la comitiva, dió una vuelta hácia la izquierda y bajó por la calle de Montmartre hasta la plaza de la Victoria. Cuando llegó al Palais-Royal, tuvo que detenerse ante una muchedumbre de hombres que venian con escarapelas verdes en los sombreros, y gritando: ¡á las armas!

Era preciso reconocer quiénes eran aquellos hombres que cerraban el paso por la calle de Vivienne, ¿serian amigos ó enemigos? El color verde era el distintivo del conde de Artois; ¿cómo, pues traian escarapelas verdes en los sombreros?

Al poco rato, todos se esplicaron, y unos y otros se entendieron.

Al saber la noticia del destierro de Necker, un jóven habia salido del café de Foy, y con una pistola en la mano habia empezado á gritar por las calles: ¡á las armas!

A sus gritos, todos los que pasaban por allí se habian reunido con él gritando al mismo tiempo: ¡á las armas!

Como ya lo hemos dicho, todos los regimientos extranjeros estaban acampados en los alrededores de París. Parecia que habia una invasion austriaca. Los nombres de estos regimientos bastaban solo para enfurecer á los franceses; se llamaban, Reynac, Salis Samade, Diesbach, Esterhazy, Roemer; no se necesitaba mas que nombrarlos para hacer conocer á la multitud que se trataba de enemigos extranjeros.

El jóven habló de ellos á la multitud, y anunció que los suizos que ocupaban los Campos Eliseos debian entrar aquella misma tarde en París con cuatro piezas de artillería, precedidos de los dragones del príncipe de Lambesc. Propuso que se adoptase una escarapela que no fuese la suya; arrancó una hoja verde de un castaño y se la puso en el sombrero. En seguida todos los que le rodeaban hicieron lo mismo. Tres mil personas, en diez minutos, despojaron de sus hojas á todos los árboles del Palais-Royal.

Por la mañana, el nombre de aquel jóven era aun de todo punto ignorado y aquella tarde andaba ya en los labios de todos.

Este jóven se llamaba Camilo Desmoulins.

Despues de reconocerse, mutuamente, la comitiva continuó su camino.

En el momento de tumulto que acababa de pasar, los que no podian por su corta estatura ver lo que pasaba, ni aun alzándose sobre las puntas de los pies, se subieron encima de Margot, unos cogiéndose á las bridas, otros á los estribos, otros á la silla, y otros á la cola, de manera que cuando fué á echar á andar el pobre animal, no pudo menos de rendirse bajo el peso que le agobiaba.

Al llegar á la esquina de la calle de Richelieu, Billot diri-

gió hácia atrás una mirada. Margot habia ya desaparecido.

Dió un suspiro á la memoria del desventurado animal; y en seguida, esforzando todo lo que pudo su voz, llamó tres veces á Pitou, como hacian los romanos en los funerales de sus parientes. Parecióle oír salir de entre la multitud una voz lastimosa que respondia á la suya. Pero esa voz sonaba perdida entre los confusos gritos que subian hasta el cielo, ya de amenazas, ya de aclamaciones.

La comitiva proseguia su camino.

Todas las tiendas estaban cerradas; pero todas las ventanas abiertas y llenas de gente que animaba con sus gritos á la entusiasmada multitud.

De este modo se aproximaron á la plaza de Vendome.

Cuando llegaron á ella, la comitiva se vió detenida por un obstáculo imprevisto. El ejército popular se encontró con un destacamento alemán en la plaza de Vendome.

Estos soldados extranjeros eran de un regimiento de dragones, que al ver la inundacion popular que venia por la calle de Saint-Honoré y empezaba á desbordarse por la plaza de Vendome, soltaron las riendas á sus caballos, impacientes ya por echar á correr, pues hacia cinco horas que estaban allí parados, y partiendo al galope cargaron sobre el pueblo.

Los que conducian las andas recibieron el primer choque y cayeron derribados en tierra bajo su peso. Un saboyano que iba delante de Billot fué el primero que se puso en pie y levantó del suelo la efigie del duque de Orleans; y en seguida fijándola en la punta de su báculo, la alzó por encima de su cabeza, gritando: ¡viva el duque de Orleans! á quien jamás habia visto, y ¡viva Necker! á quien tampoco conocia.

Billot iba á hacer lo mismo con el busto de Necker, pero otro lo habia hecho ya antes que él. Un jóven como de veinte y cuatro años, elegantemente vestido, vió caer la estátua, y no bien tocó en el suelo, se echó encima y la cogió.

Billot la buscó, pues, inútilmente por todas partes; el busto de Necker estaba ya fijo en la punta de una lanza, y poniéndose el que la llevaba al lado del que conducia la del

duque de Orleans, reunieron en derredor de sí á la mayor parte de la comitiva.

De pronto un resplandor confuso iluminó la plaza. En el mismo instante se oyó una descarga: silbaron las balas, y una cosa pesada hirió á Billot en la frente. En el primer momento Billot se creyó muerto.

Pero como no se quedó sin sentido ni sintió otra cosa mas que un agudo dolor en la cabeza, se figuró estar, á lo mas, únicamente herido; se llevó la mano á la frente para palpar la gravedad de su herida, y vió que no tenia mas que un chichon en la cabeza, y que sus manos estaban ensangrentadas.

El jóven elegantemente vestido que iba delante de Billot habia caído atravesado por una bala en medio del pecho. Él era quien estaba muerto. Suya era aquella sangre. El golpe que habia sufrido Billot en la frente fué del busto de Necker que le habia caído al mismo tiempo sobre la cabeza.

Billot dió un grito de rabia y de furor.

Se apartó del jóven que luchaba con las convulsiones de la muerte. Los que le rodeaban hicieron lo mismo, y el grito que él arrojó, repetido por la multitud, se prolongó como un eco fúnebre hasta lo último de la calle de Saint-Honoré.

Aquel grito fué el de una nueva rebelion. Se oyó otra segunda descarga, y bien pronto una porcion de huecos que quedaron entre la multitud, señalaron el paso de los proyectiles.

Billot, en un instante de indignacion y de entusiasmo, cogió del suelo el busto teñido todo de sangre, lo levantó en el aire por encima de su cabeza, y empezó á gritar con una voz robusta, á riesgo de que le matasen como al jóven que yacia á sus pies: ¡Viva Necker!

Pero al mismo tiempo una mano grande y vigorosa se apoyó en el hombro de Billot, que no pudo menos de encorvarse bajo el peso.

Quiso Billot libertarse del que así le agarraba, y al ir á hacerlo, otra mano igualmente pesada que la primera, le cayó sobre el otro hombro.

Entonces se volvió colérico y lleno de rabia á ver quién era el enemigo con quien tenia que habérselas.

— ¡Pitou! ¡esclamó sorprendido.

— Sí, sí, respondió Pitou; inclínalos un poco, que os pueda ver.

Y haciendo un grave esfuerzo, Pitou dejó caer á Billot al suelo junto á sí.

No bien habia tocado la tierra con la frente, se oyó en seguida otra descarga. El saboyano que conducia el busto del duque de Orleans, cayó tambien herido de un balazo.

En seguida se oyó el galope de la caballería. Los dragones dieron una segunda carga: un caballo, desmontado y furioso como el del Apocalipsis, pasó junto al saboyano, que sintió al mismo tiempo penetrar en su pecho el frio hierro de una lanza. Cayó el desgraciado encima de Billot y de Pitou.

Pasó en seguida la tempestad, llevando en pos de sí el terror y la muerte. Solo cadáveres quedaron sobre las piedras de la calle. Los que pudieron huyeron por las calles adyacentes. Se cerraron repentinamente todas las ventanas. Un lúgubre silencio sucedió á los gritos de entusiasmo y á los clamores de cólera.

Billot aguardó todavía un instante, tendido en el suelo y agarrado por el prudente Pitou; y despues, conociendo que el peligro se alejaba segun se alejaba el ruido, se levantó apoyándose en una rodilla, mientras Pitou, como las liebres que se ponen á escuchar, empezaba á levantar y mover, no la cabeza, sino las orejas.

— Ahora bien, señor Billot, dijo Pitou; creo que tenéis razon y que este es el momento oportuno.

— Vamos, pues; ayúdame á levantarle.

— ¿Para qué? ¡pongámonos en salvo!

— No; este jóven está muerto; pero el pobre saboyano no está mas que desmayado, á lo que parece; ayúdame á tomarle sobre mis hombros; no debemos dejarle aquí para que le acaben de matar esos diablos de alemanes.

Billot estaba hablando un lenguaje que siempre encontraba mucho eco en el corazon de Pitou. No supo este que

responder, sino obedecerle. Cogió entre sus brazos el cuerpo ensangrentado del saboyano, que estaba sin sentido, y como si fuera un saco, le cargó sobre las espaldas del robusto colono, que como vió libre y desierta en la apariencia la calle de Saint-Honoré, se dirigió en compañía de Pitou hácia el Palais-Royal.

## CAPITULO XI

Donde se prosigue contando lo que ocurría en París la noche del 12 al 13 de julio.

Le pareció á Billot que estaba desierta la calle, porque los dragones, en persecucion de los fugitivos, habian subido hasta la plaza de Saint-Honoré, y se habian distribuido por las calles de Luis el Grande y de Gaillon, pero á medida que Billot se iba acercando hácia el Palais-Royal, murmurando entre dientes y como por instinto la palabra *venganza*, fueron apareciendo en las calles y en los umbrales de las puertas, una porcion de hombres, que al principio silenciosos y azorados, no hicieron otra cosa que mirar en derredor de sí, y cuando se cercioraron de la ausencia de los dragones, empezaron á seguir á Billot, repitiendo primero á media voz, en seguida en voz alta y despues á grandes gritos: ¡Venganza, venganza!

Pitou iba andando detrás de Billot, llevando en la mano el gorro negro del saboyano.

Asi llegó esta fúnebre y espantosa procesion hasta el Palais-Royal, donde todo el pueblo, ébrio de cólera, se habia reunido y pedia á gritos ayuda á los soldados franceses contra los estrangeros.

— ¿Qué soldados son estos? preguntó Billot al llegar junto á una compañía, que con el arma al pie, cerraba el paso en la plaza del Palais-Royal á la gran puerta de palacio que da á la calle de Chartres.

— Son los guardias franceses, gritaron muchas voces.

— ¡Ah! dijo Billot acercándose y enseñando á los soldados el cuerpo del saboyano que no era ya mas que un

cadáver. ¡Ah, sois franceses y dejais que nos asesinen los alemanes!

Los guardias franceses dieron sin querer un paso hácia atrás.

— ¡Muerto! murmuraron entre dientes algunos soldados en las filas.

— ¡Sí, muerto! ¡Asesinado! ¡El y otros muchos!

— ¿Y por quién?

— Por los dragones alemanes. ¿No habeis oido los gritos, las descargas, ni el trote de la caballería?

— Sí, sí, gritaron trescientas voces á un tiempo; han acometido al pueblo en la plaza de Vendome.

— Y tambien vosotros pertenecis al pueblo, dijo Billot dirigiéndose á los soldados: es una cobardía que dejéis asesinar de esta manera á vuestros hermanos.

— ¡Cobardía! repitieron algunas veces amenazadoras en las filas.

— ¡Sí, una cobardía! lo he dicho y lo repito. Veamos, dijo Billot; dando tres pasos hácia la fila de donde habian salido las voces; matadme á mí para probar que no sois cobardes.

— Bien, bien, dijo uno de los soldados; sois un valiente, amigo mio, pero sois paisano, y podeis hacer todo lo que quereis; nosotros somos militares, y el militar tiene que cumplir con su consigna.

— De manera, interrumpió Billot, que si os mandan hacer fuego á nosotros, hombres desarmados, lo hareis asi, sucesores de los soldados de Fontenoy...

— De mí sé decir que no dispararé un solo tiro, dijo una voz entre las filas.

— Ni yo, ni yo, repitieron cien voces.

— Pues entónces, no dejad tampoco que otros nos hagan fuego, dijo Billot: dejar que nos asesinen los alemanes, es exactamente lo mismo que si vosotros nos asesináseis.

— ¡Los dragones, los dragones! gritaron en desórden mil voces, y la multitud arrollada empezaba á desbordarse por la plaza, huyendo de la calle de Richelieu.

A larga distancia, pero acercándose cada vez mas, se

oía el ruido de la caballería que resonaba sobre el empedrado de la calle.

— ¡A las armas! A las armas! gritaban los fugitivos.

— Por el cielo, dijo Billot tirando á tierra el cuerpo del saboyano, que llevaba sobre sus hombros; dadnos al menos vuestros fusiles ya que no quereis hacer uso de ellos.

— Pues, sí, bien, sí; es preciso ¡trueno de Dios! dijo el soldado á quien se habia dirigido Billot, arrancando de las manos de este el fusil que ya habia empuñado; vamos, preparen los cartuchos, y si los austriacos hacen algo á estos valientes, ya nos veremos las caras.

— Sí, sí, gritaron los soldados, llevando una mano á la cazoleta de sus fusiles y el cartucho á la boca.

— ¡Oh! ¡trueno del intierno! gritó Billot patealeando; ¡y se me ha olvidado mi fusil de caza! Pero ya caerá muerto alguno de esos bribones de austriacos y cogeré el suyo.

— Entretanto, dijo una voz, ahí teneis esa carabina, que está cargada hasta la boca.

Y al mismo tiempo un hombre desconocido puso en las manos de Billot una rica carabina.

En este mismo momento aparecieron los dragones en la plaza, arrollando y acuchillando á todos los que encontraban al paso.

El oficial que mandaba á los guardias franceses dió cuatro pasos hácia adelante.

— Alto, señores dragones, gritó; alto.

Sea que no le oyesen los dragones, ó que no quisiesen oírle, ó que no pudiesen detenerse de pronto en una carrera tan veloz como la que llevaban, siguieron corriendo por la plaza y dieron una media vuelta á la izquierda, atropellando á una muger y á un anciano que desaparecieron bajo los pies de los caballos.

— ¡Fuego, fuego! gritó Billot.

Como estaba al lado del oficial, se pudo creer que era este el que gritaba.

Los guardias franceses hicieron una descarga y los dragones se detuvieron asombrados.

— ¡Eh! señores guardias, dijo un oficial alemán adelantándose al frente de su escuadrón desordenado; ¿sabeis sobre quienes estais haciendo fuego?

— Y tanto como lo sabemos, dijo Billot.

Y disparó su carabina contra el oficial, que cayó muerto de su caballo.

Entonces los guardias franceses hicieron otra descarga, y los alemanes, viendo que tenian que habérselas esta vez, no con paisanos desarmados, sino con soldados que les esperaban á pie firme, volvieron grupa y empezaron á correr hácia la plaza de Vendome, enmedio de tan formidable esplosion de gritos de triunfo, que muchos caballos se desbocaron y fueron á estrellarse en las ventanas y en las puertas cerradas de las casas.

— ¡Vivan los guardias franceses! gritó entonces el pueblo.

— ¡Vivan los soldados de la patria! repitió Billot.

— Gracias, respondieron estos; ya hemos visto el fuego, y estamos bautizados.

— Y yo también, dijo Pitou; yo también he visto el fuego.

— Y qué te ha parecido? preguntó Billot.

— No me ha parecido tan asustadizo como me lo figuraba antes.

— Ahora, dijo Billot, que ya habia tenido tiempo de examinar la carabina, y habia visto que era un arma de mucho valor, ¿de quién es esta carabina?

— De mi amo, dijo la misma voz de antes. Pero mi amo ha visto como sabeis serviros de ella, y ya no la quiere.

Billot se volvió hácia donde habia salido la voz, y vió un cazador vestido con la librea del duque de Orleans.

— ¿Y dónde está tu amo? le preguntó.

El cazador le señaló á un balcon que tenia una persiana entreabierta desde donde el príncipe habia estado mirando todo lo que pasaba.

— ¿Y es de nuestro partido tu amo? preguntó Billot.

— Del partido del pueblo, con toda su alma y su corazón.

— En ese caso, ¡viva el duque de Orleans! gritó Billot. Compañeros, el duque de Orleans es de los nuestros: ¡viva el duque de Orleans!

Y señaló á la persiana, detrás de la cual estaba oyendo el príncipe.

Entonces se abrió la persiana de un todo, y el duque de Orleans saludó tres veces.

En seguida se volvió á cerrar la persiana.

Aunque se habia dejado ver tan corto tiempo, su aparicion causó un gran entusiasmo.

— ¡Viva el duque de Orleans! gritaron á la vez dos ó tres mil voces.

— Vamos á las tiendas de los armeros, dijo una voz entre la multitud.

— Corramos al cuartel de Inválidos, gritaron unos soldados viejos. Allí hay mil fusiles.

— ¡Al cuartel de Inválidos!

— ¡Al Hotel de villa! gritaron muchas voces; Flesselle tiene las llaves del depósito de armas, y nos las dará.

— ¡Al Hotel de Villa! repitieron muchos de los que allí estaban.

Y todos desaparecieron corriendo cada cual hácia uno de los tres sitios indicados.

Entretanto, los dragones se habian puesto á las órdenes del baron Bezenval y del príncipe Lambesc, y se hallaban en la plaza de Luis XVI.

No sabian esto Billot y Pitou, que dejaron de seguir á la multitud y se quedaron enteramente solos en la plaza del Palais-Royal.

— Ahora bien, querido señor Billot, ¿á donde nos dirigimos? preguntó Pitou.

— ¡Ah! dijo Billot, bien hubiera querido seguir á esos valientes, no á las tiendas de los armeros, porque ya tengo esta hermosa carabina, si no al Hotel de villa ó á los Inválidos. Pero no he venido á Paris á batirme, sino á buscar al doctor Gilberto, por lo cual me parece que debo ir antes al colegio de Luis el Grande donde está su hijo,



y despues de ver al doctor, arrojarme en medio de la saracina.

Y los ojos de Billot lanzaron centellas.

— Ir primero al colegio de Luis el Grande, me parece cosa razonable, dijo sentenciosamente Pitou, puesto que á eso es á lo que hemos venido aqui.

— Coge, pues, un fusil ó un sable, ó un arma cualquiera, de uno de esos pícaros que están tendidos; dijo Billot señalando á uno de los cinco ó seis dragones que estaban muertos en el suelo, y vámonos al colegio de Luis el Grande.

— Pero esas armas, dijo Pitou vacilando, no son mias, no me pertenecen.

— ¿Pues de quién son? preguntó Billot.

— Son del rey.

— Son del pueblo, dijo Billot.

Y Pitou tranquilo porque se lo aprobaba el colono á quien tenia por hombre que no queria se defraudase á nadie en lo mas mínimo, se acercó con muchas precauciones al dragon que estaba mas cerca, y despues de haberse cerciorado de que estaba muerto, le cogió su sable, su carabina y su cartuchera.

Hubiera querido tambien cogerle su casco, pero no lo hizo porque no estaba seguro de que lo que le habia dicho el tío Billot de las armas ofensivas se estendiese tambien á las armas defensivas.

Al mismo tiempo que se ponía la cartuchera, aplicó Pitou el oido hácia la plaza de Vendome.

— ¡Oh, oh! dijo, me parece que alli vienen los dragones alemanes.

En efecto, se oía el ruido de la caballería que se acercaba, Pitou se asomó á la puerta del café de la Regencia, y divisó en lo alto de la calle de Saint-Honoré una patrulla de dragones que avanzaba con las carabinas puestas sobre los arzones.

— ¡Eh! pronto, pronto, huyamos dijo Pitou, que vienen.

Billot dirigió una mirada en derredor de sí para ver si podia hacer resistencia.

La plaza estaba enteramente desierta.

— Vamos, dijo, hácia el colegio de Luis el Grande.

Y echó á andar por la calle de Chartres, seguido por Pitou, que ignorando el uso de la hebilla de su cinturón, iba arrastrando por el suelo su gran sable.

— ¡Fuego de Dios! dijo Billot, pareces un comprador de hierro viejo. Cuelga ese sable.

— ¿Dónde? preguntó Pitou.

— ¡Eh! ¡por Cristo! Aqui, dijo Billot.

Y suspendió el sable de Pitou de la hebilla de su cinturón, dejando á Pitou enteramente desembarazado para poder correr, lo cual de otro modo no hubiera podido hacer en caso apurado.

Llegaron sin que les sucediera nada hasta la calle de Luis XV, pero alli encontraron de nuevo á la multitud que se dirigía hácia los Inválidos y que estaba detenida.

— ¿Qué hay? preguntó Billot, ¿Qué es lo que sucede?

— Que no dejan pasar por el puente de Luis XV.

— ¿Y por los muelles?

— Por los muelles tampoco.

— ¿Y por los Campos Eliseos?

— Tampoco.

— Entónces, volvámonos atrás, y pasaremos por el puente de las Tullerías.

La multitud siguió inmediatamente á Billot; pero á la mitad del camino vieron que relucian armas junto al jardín de las Tullerías. El paso estaba cortado por un escuadrón de dragones.

— ¡Ah! esos malditos dragones, dijo el colono, por todas partes nos rodean.

— ¡Ay, querido señor Billot, dijo Pitou; ya creo que estamos cogidos!

— ¡Bah, bah! dijo Billot, no se coge tan fácilmente á unos cinco ó seis mil hombres, y nosotros somos seis lo menos.

Los dragones avanzaban despacio, al paso, pero adelantando visiblemente.

— Nos queda aun la calle Real, dijo Billot. Ven por aqui; ven; Pitou.

Pero una compañía de soldados cerraba la calle en lo alto de la puerta de Saint-Honoré.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo Billot ; creo que tienes razon, amigo Pitou.

— Hem... contestó únicamente Pitou.

Pero esta sola palabra, anunciaba, por el acento con que habia sido pronunciada, todo lo que sentia Pitou en aquel momento.

Se conocia igualmente, por la agitacion y los clamores, que la multitud no sentia menos que Pitou la situacion en que se encontraba.

En efecto, por una hábil maniobra, el príncipe de Lambesc acababa de cortar la retirada á los rebeldes y á los curiosos, en número de cinco mil ó seis mil, y cerrando el paso por el puente de Luis XV, los muelles, los Campos Eliseos, la calle Real, y el convento de San Bernardo, los habia encerrado en un gran arco, cuya cuerda era la pared del jardin de las Tullerías, difícil de escalar, y la verja del Puente movedizo, casi imposible de echar á tierra.

Billot se hizo cargo de la situacion en que se encontraba, y á decir verdad, no la juzgó muy buena.

Sin embargo, como era un hombre de mucha cachaza, y de una imaginacion fecunda en recursos, miró en derredor suyo, y divisando un monton de vigas á la orilla del rio.

— Me ocurre una idea, dijo á Pitou ; ven acá.

Pitou echó á andar detras del tío, sin preguntarle cual era la idea que le ocurría.

Llegó Billot al sitio donde estaban las vigas, echó mano á una, y dijo á Pitou : — Ayúdame.

Pitou se puso á ayudarle sin preguntarle tampoco para qué le ayudaba, porque tenia tal confianza en el tío Billot, que hubiera bajado con él á los infiernos, sin hacerle notar, ni que la escalera era larga ni el sitio profundo.

El tío Billot cogió la viga por una punta y Pitou por la otra.

Los dos echaron á andar con la viga en sus hombros,

llevando un peso que no hubieran podido llevar cinco ó seis hombres juntos.

La fuerza es siempre un objeto de admiracion para la multitud ; así fué, que aunque estaba muy apiñada, abrió calle delante de Billot y de Pitou.

Y luego, como conocieron que lo que iban á hacer era por interés general, algunos marcharon delante de Billot, gritando : ¡ paso, paso !

— Decídme, señor Billot, preguntó Pitou que iba unos treinta pasos distante de él, ¿ vamos muy lejos de esta manera ?

— Vamos hasta la puerta de las Tullerías.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó la multitud que comprendió ya lo que se pensaba hacer.

Y abrió paso echando todos á andar detras de ellos.

Pitou miró hácia el sitio en que estaba la puerta, y vió que ya no distaba mas que unos treinta pasos.

— ¡ Adelante ! dijo en seguida con la brevedad de un pitagórico.

Y le fué tanto mas fácil soportar el peso, cuanto que le ayudaron á llevarle cuatro ó cinco hombres vigorosos.

Así fué que llegaron mas pronto de lo que era de esperar. A los cinco minutos estaban ya junto á la puerta.

— Vamos, dijo Billot ; todos á una.

— Bueno, dijo Pitou ; ya comprendo ; acabamos de construir una máquina de guerra. Los romanos llamaban á esto el *ariete*.

Y puesta la viga en movimiento, empezó á descargar ruidosos golpes sobre la puerta.

Los soldados que estaban de guardia en las Tullerías acudieron para resistir la invasion, pero al tercer golpe cedió la puerta, girando violentamente sobre sus goznes, y empezó á precipitarse por ella la multitud.

En aquel instante conoció el príncipe de Lambesc, que lograban escapársele los que él ya creía sus prisioneros. La cólera se apoderó de él.

Hizo dar un galope á su caballo para mejor enterarse de lo que pasaba.

Los dragones que estaban formados detrás de él, creyeron que les daba la orden de acometer, y le siguieron. Los caballos, ya precipitados, no pudieron contener su carrera, ni tampoco los soldados, que querían vengarse del revés que sufrieron en el encuentro del Palais-Royal, tratarían probablemente de detenerlos.

El príncipe vió que le sería imposible moderar el movimiento, y mandó á la carga; un clamor lanzado por las mugeres y muchachos se elevó al cielo para pedir á Dios venganza.

Pasó en la oscuridad una escena espantosa; los arrollados estaban fuera de sí de dolor, y los que cargaban de cólera.

Entónces se organizó una especie de defensa. Las sillas volaban sobre los dragones arrojadas desde el paseo. El príncipe de Lambesc, que caminaba á la cabeza de la caballería, descargó un sablazo sin saber si hería á un inocente ó á un culpable, y un viejo de setenta años cayó bañado en su propia sangre.

Billot lo vió caer y lanzó un grito de cólera. Al mismo tiempo disparó su carabina, brilló un fogonazo en la oscuridad, y hubiera muerto el príncipe, si casualmente no se hubiese encabritado su caballo, que recibió el balazo en el cuello y cayó á tierra.

Creyeron todos que el príncipe había muerto. Los dragones entraron en las Tullerías persiguiendo á los fugitivos.

Mas encontrando estos un gran espacio para huir, se dispersaron por entre los árboles.

Billot volvió á cargar tranquilamente su carabina.

— A fé mia que tenias razon, Pitou, dijo; creo que hemos llegado á tiempo.

— Ser valiente, dijo Pitou, descargando al mismo tiempo su carabina sobre el dragon mas próximo, me parece que no es tan difícil como yo creía.

— Sí, dijo Billot; pero el valor inútil no es valor; ven por aqui, Pitou, y cuida que no te se enreden las piernas en el sable.

— Aguardad, señor Billot: si me pierdo, no sé que será de mí. Como no he estado aqui nunca hasta ahora, no conozco los sitios de París.

— Pues ven, ven conmigo, dijo Billot; y siguieron por detrás de la tapia hasta que pasaron las tropas que avanzaban por los muelles á todo correr para ayudar en caso necesario á los dragones del príncipe Lambesc.

Cuando Billot llegó al extremo de la tapia, se subió á ella y saltó al muelle.

Pitou saltó en seguida.

## CAPITULO XII

Donde aun se sigue contando lo que sucedió en París el 13 de julio de 1789.

Cuando Billot y Pitou se encontraron en el muelle y vieron relucir á lo lejos, en el puente de las Tullerías, las armas de otros soldados, que segun todas las probabilidades no serian de los suyos, llegaron hasta la estremidad del muelle y se bajaron hasta la orilla del Sena.

Sonaron entónces las once en el reloj de las Tullerías.

Ocultos ya bajo los árboles que hay á la orilla del rio, bellas acacias y elevados álamos que bañan sus troncos en el agua, Billot y Pitou se tendieron en la yerba y empezaron á discutir lo que debia hacerse.

Se queria saber, y el colono fué el que fijó los términos de la cuestion, si debian permanecer allí, que era sitio seguro, ó ir á lanzarse en medio del tumulto y tomar parte en aquella refriega, que indudablemente duraria gran parte de la noche.

Fijada así la cuestion, Billot esperó el parecer de Pitou.

Mucha era la influencia que ejercia ya Pitou en el ánimo del colono. Naturalmente la habia este adquirido; primero por la ciencia que habia desplegado el dia anterior, y segundo por el valor que habia mostrado aquella misma noche.

Pitou conoció esto como por instinto: pero en vez de